

EL BUEN PASTOR DA SU VIDA POR SUS OVEJAS

Un Sermón, en el Crepúsculo del Sábado, hacia la Dominica de Misericordias Domini

PREDICADO en MISERICORDIAS DOMINI, Abril 18vo., 2010. SAN JUAN, X. 11.

M. Reverendo + Enrique Broussain ~ Congregación del Oratorio del Sagrado Corazón de Jesús

'El Buen Pastor da Su Vida por Sus ovejas.' Johann., X. 11.

IN NOMINE IESU

1. Jesucristo, el Buen Pastor, mora entre Sus corderos, y les alimenta con Su muy precioso Cuerpo y Sangre en el Santísimo Sacramento del Altar. Mas no es esto todo. *'El Buen Pastor da Su Vida por Sus ovejas.'* Se sacrifica a Sí mismo por ellas. Se inmoló a Sí mismo por ellos como cruenta víctima en la Cruz; mas, aún no satisfecho con esto, el Señor Cristo instituyó un sacrificio continuo, en el cual Él día a día se ofrece a Sí mismo, a través del Santo Oficio del Ministerio, investido sobre Sus Apóstoles, Obispos y Pastores, ahora como víctima incruenta y holocausto viviente por Su rebaño.

2. Nuestra devoción por el Bendito Sacramento sería muy defectuosa, y nuestro conocimiento y afecto por el Buen Pastor imperfectos, si nouviésemos una apreciación plena y una gran estima por el adorable y venerable Sacrificio de la Misa. Por ello hemos decidido, amigos míos, predicar sobre la obra del Buen Pastor en el Santísimo Sacramento, como tema de esta Misa sabática. Y a fin de que conozcáis, tanto como sea posible, el amor demostrado por el Bondadoso y Divino Maestro en este Misterio santo, me propongo dejar en evidencia esta noche,

I. *Que el Buen Pastor realmente se ofrece a Sí mismo como verdadera oblación por nosotros;*

II. *Con cuál amor y condescendencia ofrece este Sacrificio por nosotros.*

I. UN VERDADERO SACRIFICIO.

3. Es, sin duda, un hecho revelado, mis amigos, que Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar se ofrece a Sí Mismo como verdadero sacrificio: pues, en primer lugar, es cierto que la Santa Misa es un sacrificio, en el estricto sentido de esta palabra; y, en segundo lugar, que en este Sacrificio es Cristo el Señor quien se ofrece a Sí mismo como víctima y hostia por nosotros.

4. *Es la Misa un Sacrificio en sentido propio y estricto.* Todo lo que hacemos en el servicio de Dios en este mundo es, en cierto sentido, —o puede ser llamado,— un sacrificio; y así se le dice, según el lenguaje de la Sagrada Escritura, que es el lenguaje de los fieles. Mas, un *sacrificio*, en el sentido estricto del término, como aquí debemos entenderlo, es la ofrenda a Dios de un don visible en reconocimiento y adoración de Su Dominio Supremo sobre nosotros, y sobre todas las cosas. Ahora, si la Santa Misa no fuere tal *sacrificio* en el sentido estricto o propio de la palabra, entonces no habría en la Nueva Ley, el Evangelio de la Gracia, —entonces no habría —y en esto concordarían aun los infieles— ningún sacrificio verdadero y permanente, mas uno transitorio, que fue ofrecido sólo una vez; *'porque Cristo, habiendo muerto una vez, ya no puede morir.'* Pero en la Nueva Ley instaurada por Jesucristo, al igual que en la Antigua, que Él estableció en Su estado pre-mortal como el Ieshá (y no el *Jehovah* o *Yavé* de los Noáquidas masones, una mera deidad local,) del Viejo Testamento, debe haber *un sacrificio continuo*, y no uno meramente pasajero, ofrecido una sola vez. *De esto se sigue,*

5. La excelencia de la Fe Cristiana, que es la única religión verdadera, tanto por su origen divino como por su destino sublime. La Escritura repudia todo *unionismo*, (llamado ahora 'ecumenismo,) con paganos, desde que *todos los dioses de los paganos son demonios* (*Psalmos*, XCVI [XCV] 5; Septuaginta, Vulgata, Amat, Scio, Douay-Rheims, Fillion; &c.) Ahora bien; desde que la excelencia de la Fe verdadera consiste en la adoración divina, se sigue que en ella *debe haber un sacrificio también verdadero*. Y la razón es que el sacrificio, al ser un reconocimiento actual de la Soberanía y Supremo Dominio de Dios, es el más alto acto de adoración divina. Y así ha sido estimado en todo tiempo y por todas las naciones que han poseído alguna forma de culto divino. ¿Podría, pues, la Fe de Jesús, carecer de esta característica esencial y más que elevada de la divina adoración?

6. Una misma verdad se manifiesta en la relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. El Antiguo fue la figura y tipo del Nuevo. El Nuevo es el cumplimiento o antitipo del Antiguo. Por lo tanto, desde que en la Vieja Ley los sacrificios diarios se ofrecían según el precepto de Dios, así también en la Nueva debe haber un sacrificio permanente; y asimismo la Vieja Ley, que era la figura de lo que había de venir, no tenía la perfección que ahora tiene el Evangelio, que es cumplimiento y realidad.

7. Mas la prueba más convincente de la existencia de un sacrificio verdadero y permanente en la Nueva Ley, es que Dios expresamente prometió y previó la institución de un sacrificio tal. — *Él lo había prometido*. Por la boca del Profeta Rey, Dios dirige estas palabras a Jesucristo, Su Hijo: *'Tú eres Sacerdote para siempre, según el Orden de Melquisedec' (Salmos, CIX. 4.)* Ahora bien, de acuerdo a estas palabras, el Sacerdocio de Melquisedec es caracterizado por el Espíritu Santo como el tipo y figura del Sacerdocio de Jesucristo. Pero lo que es peculiar en el Sacerdocio de Melquisedec, fue que él ofreció un sacrificio de pan y de vino al Altísimo. Cristo, por lo tanto, quien es el cumplimiento de esta figura, debía ofrecer sacrificio bajo la apariencia de pan y de vino, y no sólo una vez, mas para siempre: *'Tú eres un Sacerdote para siempre.'* Pues, así como el Sacerdocio de Cristo dura para siempre, esto es, hasta el Fin del Mundo, y, tal como es función esencial de un sacerdote, según el Apóstol (*Hebr., VIII. 3.*) ofrecer oblación, se sigue que Cristo, siendo Sumo Sacerdote según el Orden de Melquisedec, desea en todo tiempo, aún hasta el Fin del Mundo, ofrecer sacrificio bajo la apariencia de pan y vino. *El anunció esta institución*. La profecía de tal sacrificio continuo, permanente, no es menos explícita que su promesa. Así habla Dios por el Profeta Malaquías al sacerdocio levítico, *'No me complazco en vosotros, dice el Señor de las Batallas; y no recibiré dones de vuestras manos. Pues del Oriente hasta el Occidente, Mi Nombre es grande entre las naciones; y en cada lugar hay sacrificio, y allí se ofrece a Mi Nombre una oblación pura.'* (*Mal., I. 10-11.*) Por estas palabras, el Señor, claramente, declara que los sacrificios de la Vieja Ley serían abolidos, y que en la Nueva un distinto sacrificio sería ofrecido, una oblación pura a Su Nombre, por doquiera en el mundo. Ahora bien; ¿Dónde hallamos este nuevo sacrificio? ¿Dónde, esta oblación pura? Es evidente que en el Sacrificio de la Misa, desde que de ningún otro puro y permanente sacrificio se ha oído palabra alguna en la dispensación del Evangelio. Es así que Trento, de acuerdo con la constante tradición de la Iglesia Cristiana, declara de modo solemne que esta profecía de Malaquías se cumple en la Institución del Santo Sacrificio de la Misa, que es el sacrificio incruento de la Nueva Ley, del Evangelio de la Gracia, que tiene como fin declarar y aplicar a los fieles los beneficios del Sacrificio cruento de la Cruz: el perdón de pecados, la comunión con Cristo, la santidad del Señor, que Él hace nuestra, persuadiéndonos eficazmente a vivir en Él. La Santa Misa es, por lo tanto, el verdadero y permanente sacrificio de la Nueva Ley, el Evangelio.

8. Y en este sacrificio Cristo se ofrece a Sí mismo, víctima por nosotros. Se hace esto ostensible por las circunstancias de la institución del Santísimo Sacramento. Nuestro Bendito Señor tomó el pan, le consagró, dando gracias, lo partió y lo dio a Sus discípulos, diciendo, *'Esto es Mi Cuerpo, que por vosotros es dado'* (*Lucas, XXII. 19.*) Del mismo modo, tomó el cáliz, diciendo, *'Este es el cáliz, el Nuevo Testamento en Mi Sangre, que por vosotros será derramada.'* (*Ibid. 20.*) Y añade, *'Haced esto en memoria de Mí.'* Con estas últimas palabras Cristo el Señor manifiestamente ordenó a Sus Apóstoles, y a nos, los Obispos y Pastores, o Presbíteros, que hiciésemos una misma cosa con Él. Y ¿qué es lo que Él había hecho? Había dado Su propio Cuerpo y Sangre a Sus Apóstoles bajo la apariencia de pan y vino; en otras palabras; Se había ofrecido a Sí mismo como sacrificio, en sentido estricto. Pues, ¿qué es sino un sacrificio, en el sentido propio de la palabra? Es, según hemos visto, la ofrenda de un don visible en reconocimiento y adoración de la Divina Majestad. De acuerdo con la antigua costumbre, y siguiendo los preceptos divinos, la víctima o don que se ofrecía era destruida, o sometida a un cambio equivalente a su destrucción, para significar el supremo dominio de Dios sobre el hombre y todas sus posesiones, incluso sobre la vida y la muerte. Y a tal aniquilación o cambio en reconocimiento de la Suprema Majestad Divina, Cristo se sometió a Sí Mismo, disponiéndose a Su Persona bajo las humildes especies del pan y del vino, comida y bebida. El estado asumido por Cristo, por lo tanto, así, *aprisionado* bajo las especies de pan y de vino, fue equivalente al estado de muerte. Y fue sólo por un nuevo milagro que Él pudo en tal estado o condición ejercer las funciones de la vida. Es este cambio, por lo sano y santo, que Cristo sobrelleva, por el hecho de Su Presencia Real en el Santísimo sacramento. Era un milagro que Él reuniera las características en el más estricto modo; y en este sacrificio de la Cruz es a la vez Sacerdote y Víctima. Por lo tanto, Él ciertamente se ofreció a Sí mismo, en la Última Cena, como víctima por nosotros, a Su Padre Celestial.

9. Esta misma verdad se manifiesta por el significado de las palabras que el Señor Cristo empleó en la institución del Santísimo Sacramento del Altar, palabras que Él ordenó fuesen usadas en la consagración de Su Cuerpo y Sangre en la Misa. Estas palabras, en el texto original, tanto en referencia a Su sacro Cuerpo como a Su preciosa Sangre, son expresiones peculiares a los sacrificios de alimento y bebida. El cáliz de Su sangre se nos presenta como siendo actualmente derramado con una libación, esto es, *como un sacrificio que es bebido*; y Su santo Cuerpo no tan sólo, si se me permite decirlo así, como uno que es entregado por nosotros, mas como una fiesta sacrificial. De los términos a los que Nuestro Señor acude, es claro a nosotros que Él se ofreció a Sí mismo como verdadero sacrificio en la Última Cena; y que dio poder y autoridad a Sus Apóstoles y a sus sucesores a hacer esto mismo, con las palabras, *'Haced esto en memoria de Mí.'* Y para que no quedase duda alguna en cuanto a la permanencia de este santo sacrificio en la Iglesia Cristiana, añade luego San Pablo, *'Y cada vez que comáis de este pan, y bebáis de este cáliz, la muerte del Señor anunciáis, hasta que vuelva.'* (*I Cor., XI. 26.*) *'Celebrareis Mi misterio y conmemorareis Mi Pasión y muerte al hacerlo, hasta que Yo vuelva a juzgar a los vivos y a los muertos.'* La Santa Misa, así pues, es aquel continuo y perdurable sacrificio, instituido por el mismo Cristo en la Última Cena, en la cual se ofreció a Sí mismo por nosotros a Su Padre Celestial; y Él la

prosigue día a día en el Santuario celeste, cuyo modelo fue presentado a Moisés en el Monte; y así proseguirá el continuo tanto en Lugares Santos del cielo, como en los de la tierra, los Altares del Cordero. Hablemos ahora, entonces, de la condescendencia del Buen Pastor,

II. SU AMOROSA CONDESCENDENCIA EN SU SACRIFICIO.

10. El amor y la condescendencia del auto-sacrificio por muchos, se manifiestan mas conspicuamente por el exaltado carácter de Aquél que se sacrifica a sí mismo; por la baja condición de aquellos por quienes se sacrifica a Sí mismo, y por el valor de aquellos bienes que asegura a otros por Su propia consagración. Apliquemos este principio al verdadero sacrificio de Cristo el Señor en la Santa Misa, y veremos que el Suyo es un sacrificio de infinito amor y condescendencia.

11. ¿Quién es Aquel que se sacrifica a Sí mismo por nosotros? Es Jesucristo, el Eterno Hijo de Dios. El sacerdote, de pie ante el altar, es Su representante, y obra por Su mandato y autoridad. Por lo tanto, en la consagración, en virtud de la cual el sacrificio se consume, el pastor de almas no habla en su propio nombre, sino en el Nombre y la Persona de Jesucristo. Él no dice, 'Este es el Cuerpo de Cristo; esta es la Sangre de Cristo; — dice: 'Este es Mi Cuerpo; Esta es Mi Sangre.' *El mismo Jesucristo es, por lo tanto, el Sumo Sacerdote sacrificador en la Misa.* Qué sublime, qué grandeza la de Aquél que se sacrificó a Sí mismo por nosotros... Qué títulos no le da el mismo Espíritu Santo en la Sagrada Escritura. Es llamado el Altísimo, el Hijo del Dios Viviente, Luz del Mundo, Autor de la Vida, el Camino, la Verdad, la Vida, el Juez de los vivos y los muertos; Aquel ante quien toda rodilla se doblará en los cielos, en la tierra, en el infierno. Es Él quien asiente a ofrecerse a Si Mismo como holocausto vivo, bajo las humildes especies del pan y el vino... ¿Puede concebirse mayor condescendencia que aquella que procede del Trono de la Gloria a la Diestra del Padre Eterno al altar, a la pequeña hostia, al cáliz?

12. Y, finalmente, ¿quiénes somos nosotros, por quienes Él así se ha sacrificado a Sí mismo? ¿Qué somos de nosotros mismos? *De nosotros mismos nada somos, salvo el pecado que confesamos al extender nuestras manos, como el mendigo, desesperando de nosotros mismos.* Nada tenemos que ofrecer al Señor, salvo el arrepentimiento que Él obra en nosotros, solamente por gracia. Nada tenemos de lo que podamos decir 'es mío.' Todo lo hemos recibido de Dios, que nos ha dado el ser, nuestras vidas, todo lo que poseemos; aún el dolor que nos eleva y purifica asidos al Calvario. Al ser nada *coram deo*, al no tener nada que ofrecer de nosotros mismos, vamos al Señor como los ciegos y los leprosos del Evangelio; nada somos ante los mundanos, pero esto no importa: nada somos ante Dios, salvo pecadores malditos. Pero la justicia de Dios que es por la fe nos ha dado en Cristo el Evangelio, y el perdón de pecados por Su sangre; si en Él confiamos, si a Él creemos; entonces nuestra fe es atribuida a justicia; Dios nos perdona, y nos adopta como hijos; somos regenerados y, declarados justos, si en Él vivimos, y seremos santificados, y glorificados. Y Dios se hizo hombre, y murió en la Cruz por sangre, para redimir a estas criaturas miserables y viles que somos. Es por nosotros que Cristo se inmola a Sí mismo, místicamente, en el altar. Es por nosotros que ahora, y en la hora de nuestra muerte, ruega Nuestra Señora de La Salette. Humillados, arrodillémonos y oremos a los Inmaculados Corazones de Cristo y de María.

13. ¿Cuáles son los bienes que nuestro Bendito Señor nos asegura por Su Sacrificio? Ante todo, por el adorable Sacrificio de la Misa nos procura la piadosa posibilidad de honrar al Dios Trino, más que merecedor de recibir nuestra gratitud en Su infinita grandeza y santidad. Pues el Santo Sacrificio es un acto de homenaje de valor incalculable de acuerdo con la infinita dignidad de Jesucristo, a la vez Víctima y Sumo Sacerdote de este rito augusto. Más allá de la indignidad del Ministro visible a los fieles (pues el único digno a los ojos de Dios es Cristo, Hombre-Dios; La Santa Virgen lo es a causa de Cristo, *por* la Encarnación y *en* la Redención, como Madre de los Elegidos, según los divinos decretos eternos,) la honra que damos a Dios en el Santísimo Sacramento del Altar es una *sin medida ni expresión humana posible*; pues el sacerdote de pie ante el altar es el representante, el mandatario e instrumento de Jesucristo, el Supremo Sumo Sacerdote, Dueño y Maestro del Sacro Oficio de la Palabra y los Sacramentos, Oficio *que no se divide*: como se dice entre los teólogos, refutando a los herejes, un *Sólo Cristo sin Sus Sacramentos es un Cristo demasiado solo.*

14. El divino Sacrificio es tan caro a los ojos de Dios, que supera todas las injurias contra Él cometidas a lo largo de la Historia, en todo el mundo. Es significativo hoy día, cuando el mundo masónico y talmúdico se levanta con odio infernal contra Nuestro Señor y Su Cristo, injuriando a la Santísima Theotokos, y a la suma del Cuerpo Místico; blasfemando y maldiciendo a todo lo que es Cristiano y lleva el nombre de Cristo y del Único Dios Verdadero, la Santa Trinidad. Nuestra patria, tal vez más que ninguna otra en el mundo hispano, se halla sometida bajo esta Plaga, una de las Siete que a todos nos desgarrarán en los últimos días que inmediatamente preceden la Segunda Venida de Cristo en Gloria y Majestad; y los principales malhechores son los apóstatas que se hacen pasar por Obispos y Sacerdotes de la curia romana, y todos los otros perros mudos y cobardes a ellos asociados en la inmundicia *ecuménica*. Bien ha dicho el Señor que la pieza estaría tan bien montada y ensamblada, que hasta los mismos elegidos podrían ser engañados. *Podrían*; pero no lo serán, a causa de la Elección eterna de Dios, *porque nadie puede arrebatarnos de las manos de Nuestro Padre que está en los cielos (Johann., X.)* Si Dios no ha dejado librado a sí mismo a este mundo de verracos y asesinos,

abandonándolo a la destrucción, debemos atribuirlo al Sacrificio de valor infinito, a la Expiación del Cordero Eterno; y así cada día el fragante incienso sube al propiciatorio en lugares celestiales, desde los Altares del Remanente, a la manera en que Melquisedec lo hiciera con Abrahán, purificado en el Santuario celeste y en el Altar por la Sangre de Cristo; pues, como lo dice San Pablo, *es el nuestro un mejor testamento*, y es Dios mismo nuestro testador. Conseguimos comprender así, queridos amigos, qué tesoro inexaudible nos ha entregado el divino Jesús en este Sacramento y Sacrificio. Y de allí comprendemos por qué la profecía Bíblica nos señala el odio y la saña del Enemigo contra él; por qué, a partir del tipo del execrable Antíoco Epífanés, conocido también en la Historia como *el loco*, o Epímanes, se nos habla de *la abominación de la desolación en el lugar santo*, esto, la destrucción y falsificación de la Misa, iniciada por los heresiarcas de la Reforma, muy posiblemente avalada por León X y sus 'Humanistas' sicarios, y perfeccionada el siglo pasado por los *troyanos* del Vaticano Segundo. En Daniel VII & VIII y en I Macabeos, entre otras Escrituras, la Palabra de Dios nos instruye claramente sobre todo esto. Como una infausta metástasis, esta Plaga impía, antitipo de las abominaciones de Antíoco, infecta hoy no sólo a esta decadente e innoble sociedad, mas a todos, hasta donde sabemos, (y lo hemos observado por casi medio siglo) a todos los cuerpos religiosos externos de la Iglesiocracia, que dan señales, a la vez, de la podredumbre y de la hegemonía de Satanás. Mas no desmayéis, hermanos, que el Señor está cerca.

15. 'Yo Soy el Buen Pastor... y conozco a Mis corderos; y Yo les conozco, y ellos Me siguen...' 'Y ellos no perecerán jamás.' Dice San Agustín: 'No se pierden sino los predestinados a la muerte. Pero de los corderos, de quienes dice el Apóstol, 'El Señor conoce a los que son Suyos' (II Tim. II. 19,) y también, 'Aquellos que antes conoció, a estos también predestinó; a los que predestinó, a estos también llamó; a los que llamó, a estos justificó, y a los que justificó, a estos también glorificó (Rom. VIII. 29, 30) — a estos corderos no puede el lobo arrebatarles, ni el robador llevarlos.' (S. Agustín, *In Johann.*, X. Trat. 48.)

16. Por el hecho de su identidad con el sacrificio de la Cruz, es evidente que el Santo Sacrificio de la Misa es una fuente inexaudible de gracias y bendiciones. Pues, según la Escritura, fue instituido para aplicarnos el infinito Tesoro de méritos y satisfacciones del sacrificio; y es así que se nos muestra como una superabundancia de favores sobrenaturales, de los cuales, día a día, recibimos gracia abundante para la salvación y santificación de nuestras almas inmortales. Sea que deseemos dar divino honor y alabanza a Dios, o darle gracias por Sus favores; por la expiación de nuestros pecados, o por el seguro bien de la gracia, el sacrificio divino es un medio más que poderoso e infalible para obtener lo que nos proponemos. *Aquí no son nuestras plegarias las que mueven al Dios Todopoderoso a conferir Sus gracias sobre nosotros, mas el infinito honor y expiación a Él ofrecida por Su divino Hijo, en quien el Padre tiene Su complacencia.*

17. El Misericordioso Pastor, por lo tanto, se sacrifica a Sí mismo por Sus ovejas. Día a día, quizá ya no en miles, debido a la Apostasía, pero seguramente en todos de los Altares del Remanente, Él pone Su Vida otra vez, de mística manera, re-presentificando la oblación y llevando al Ministro y los fieles al Calvario, al pie del madero, junto a la Madre de Dios y San Juan, en el más que adorable Sacrificio de la Misa. Y con qué amor y beneplácito ofrece Cristo el sacrificio... Qué honda humillación... Qué misericordia hacia nosotros, pobres pecadores. ¡Qué beneficio, la dispensación de Sus gracias y favores! ¿No se demuestra, asimismo en esto, que Cristo, y nadie más, es el Buen pastor?

18. Ven ustedes, así, queridos amigos, por todo esto que hemos juntamente meditado, que Jesucristo, asimismo, en el Santísimo Sacramento del Altar, en verdad se nos revela, como el Buen Pastor. Mora en medio de Sus corderos; les alimenta sacramentalmente con Su propia Carne y Sangre; pone Su vida por nosotros. ¿Qué más, pues, puede Él hacer por los Suyos, que ya no haya hecho? ¿Qué inestimable amor; qué beneficio sin precio no poseemos ahora mismo en este Santísimo Sacramento? ¿No debiéramos, entonces, demostrar nuestra gratitud al Divino Pastor de nuestras almas, por esta prueba de Su infinito amor? Mas, en lugar de gratitud, ¿no cosecha el Maestro, desafección? ¿No pagamos Su Amor con ofensas, injurias, o al menos con frialdad e indiferencia? *A ti te hablo, mujercita hallada en las tinieblas de un callejón ciego. A ti te exhorto, hombre que conociste el Evangelio desde niño, y que ahora no hallas el momento de arrodillarte delante del Calvario. Amados, no podemos sino elevar nuestros pensamientos y nuestros corazones a Jesús en un acto de desagravio, si es que vamos a comulgar. § Perdona, Maestro Santo, nuestros ultrajes. Nuestros olvidos, por los cuales nosotros, y muchos de entre los elegidos, hemos sido culpables contra Tu Presencia Divina en este adorable Sacramento. § Arrodillémonos, entonces, y recitemos para nosotros mismos, con devoción, las palabras que ahora pronunciaré como Pastor y Sacerdote de Melquisedec a Nuestro Señor, Ultrajado, quien en la hostia y el cáliz está real, verdadera y substancialmente presente delante de nosotros.*

§ Oh Jesús, Hijo del Dios Viviente, Nuestro Buen Pastor y Amante Amigo, llenos de congoja y confusión nos postramos delante de Tus pies, Santo Cordero. Misericordioso Salvador; grande, tremendamente grande es la ingratitud con que hemos pagado Tu Infinito Amor, Tu inexpresable gracia. Nos contristamos de corazón por la frialdad e indiferencia con las que hemos ofendido, de tal modo, a Tu Amoroso espíritu. Misericordioso Jesús, te rogamos, por la inmensa caridad de Tu Sagrado Corazón: perdónanos nuestros pecados. Perdona la irreverencia que hemos demostrado a Tu Santísima Presencia. Perdona que tan rara y pobremente, con tan poca devoción; sí; y tal vez sin dignidad alguna, hayamos recibido Tu Cuerpo y Tu Sangre... Perdona nuestra indiferencia, nuestra desidia en concurrir allí, donde uno

de tus siervos celebra Tu Santa Misa, el Sacrificio de Tu incomprensible amor. Oh Jesús, Amigo de nuestras almas, es nuestro inmovible propósito amarte y honrar de aquí en más en este Sacramento de Amor. Tu Amor ha triunfado sobre nuestros corazones. De aquí en más, Oh dulce Jesús, el Sacramento de Tu Amor será nuestro gozo y consuelo, el centro de todos nuestros afectos. Pero Tú, Misericordioso Señor, danos Tu bendición como voto de Tu clemencia. Ven, Señor Jesús, y bendícenos, para que de aquí en más seamos tus fieles corderos, siguiéndote con fe invencible, a Ti, el generoso y eterno Pastor de nuestras almas; y así seamos eternamente unidos contigo en Tu Gloria. *Amén.*

Y ahora a DIOS el PADRE, + DIOS, el HIJO, y DIOS el ESPÍRITU SANTO + sean dados todo honor y toda gloria, en esta hora y para siempre. *Amén.*

Bendiga el Señor Su Palabra en nuestros corazones, por los méritos de Cristo. *Amén. Y amén.*

SOLI DEO GLORIA

Sanguis Iesu Christi, Filii ejus, emundat nos ab omni peccato. I Ioh. 1.7